

inteligencia, perturben el valor transitivo de los juicios sobre ciertos estados de conciencia. Que los conocimientos de la conciencia limitada á su objeto propio son infaliblemente ciertos, sobre haberlo demostrado la Lógica, lo prueba la naturaleza misma de la conciencia, el constitutivo propio de las modificaciones psicológicas. Percepción consciente de un objeto interior, de ecuación necesaria entre éste y su sujeto, el conocimiento de la conciencia, este conocimiento es verdadero por el hecho mismo de que es.

Pero conocemos esos objetos como son? Corresponde al fenómeno psicológico alguna realidad en el mundo externo? Existe realidad alguna fuera de los fenómenos subjetivos? Tiene valor objetivo, ni aplicación trascendental el testimonio de la conciencia? Los fenómenos, los hechos, sin yo alguno, porque no hay substancias, ni causas, ni facultades, ni sujetos, ni otra realidad que la de aquéllos, al decir de los positivistas, que bajo tantos aspectos han completado las dudas y negaciones kantianas, envuelven el conocimiento de una personalidad substantiva? El yo *fenoménico*, única cosa que percibimos al decir de Kant, corresponde al yo *nouménico*, y corresponde á la apariencia realidad objetiva?

Estas preguntas se refieren á dos problemas capitales de la Filosofía; si á nuestras modificaciones psicológicas corresponde en el mundo real algún objeto, y si conocemos las cosas en general, y en este caso concreto nuestro yo, como

son en sí, según su esencia; lo cual envuelve el problema del valor y legitimidad de la conciencia, de la virtud cognoscitiva de nuestra mente, de la objetividad, de la aplicación trascendental de nuestras ideas y de nuestras mismas percepciones.

Al primero de estos dos problemas responde categóricamente toda la doctrina expuesta sobre la conciencia psicológica. Limitada ésta al orden de los fenómenos internos, sus conocimientos tienen la realidad subjetiva y objetiva que hemos demostrado. De la realidad trascendental al mundo externo, al mundo del no-yo, de las modificaciones que en nosotros sentimos; del valor objetivo de nuestras afecciones, de nuestras percepciones y de nuestras ideas; juzgar sobre todos estos términos del conocimiento transitivo, ni corresponde á la conciencia psicológica, ni es un problema que contra todo linaje de escepticismo no haya resuelto la verdadera Filosofía.

La razón, facultad de las relaciones, apoyada sobre la naturaleza y condiciones del conocimiento sensitivo y del conocimiento intelectual, demuestra la objetividad real de la percepción y de la idea; la correspondencia armoniosa que entre los fenómenos externos, objetivos del no-yo, y las representaciones del yo existen, siempre que estas representaciones, que aquella idea y sensación, que los juicios sobre los estados de conciencia, que todos nuestros conocimientos han sido formados, expresados y dirigidos con

estricta sujeción á los principios que para cada operación y cada objeto cognoscitivos señalan la Lógica y la Crítica. Demostración cuyos fundamentos expusimos en la Ontología al estudiar los de la ciencia y la objetividad necesariamente entrañada por las ideas.

Mientras la demencia no reemplace á la razón en el juicio de las relaciones cognoscitivas, y el Escepticismo no sea la Filosofía, la conciencia, la percepción, el entendimiento, todos los llamados con justicia criterios de verdad, toda experiencia y toda ciencia reconocerán la respectiva objetividad; el uso trascendental y el legítimo valor transitivo que á cada uno de ellos corresponda.

Cuanto al segundo problema, por lo que al valor de la conciencia como conocimiento no sólo de nuestros estados psicológicos, sino del mismo yo, interesa, resuelto queda afirmativamente en el examen de las dos realidades objeto de la conciencia psicológica; y todavía lo examinaremos al estudiar los atributos del alma humana, los fundamentos de la doctrina sobre la substantividad y personalidad de nuestro yo, y las objeciones que el filósofo de Koenisberg formuló con el llamado *paralogismo de la personalidad*. Por último de los argumentos positivistas sobre la naturaleza de la conciencia, trataremos inmediatamente.

Recordemos entre tanto que todas las sospechas lanzadas sobre el valor de los fenómenos

como procedimiento para llegar á conocer la naturaleza accidental ó substantiva de un sér; que todas las dudas y negaciones acerca de la objetividad del conocimiento de conciencia; que todas las limitaciones impuestas al objeto de este mismo criterio, infalible mientras se conserve dentro de su orden propio, sin cercenar á la conciencia ninguno de sus objetos, pero evitando también cuidadosamente no aplicar su virtud á trascendentalismos que ni tiene, ni hacen falta para el conocimiento científico de las verdades psicológicas fundamentales; que todo abismo supuesto entre la esencia, la expresión fenoménica y la representación lógica de las cosas, obedecen al pensamiento y fines de un escepticismo ontológico ó ideológico, tantas veces conjurados contra la sana Psicología.

La afirmación de la incognoscibilidad de las substancias y de las esencias; la negación de la realidad de esencias y substancias en los seres; la suposición de que, existan ó no éstas, nosotros no podemos saber si el fenómeno corresponde al noúmeno, tuvieron siempre aplicación fatalísima á las tesis psicológicas más características de la especial naturaleza del hombre.

Recordemos contra los excesos del criticismo y contra los pretextos positivistas que nadie tiene razón para suponer, cuanto menos para afirmar, que las cosas no son como aparecen, mientras no demuestre con principios, si es un metafísico, con hechos, si presume de positivista, que las

cosas no aparecen como son; y lo que es más, que en la *realidad* pueden aparecer, pueden manifestarse de una manera contraria á su naturaleza y esencia objetivas.

Cuánto importa conocer exactamente el carácter y valor de la conciencia psicológica, la naturaleza de su conocimiento y de su objeto, se comprende recordando su trascendental significado para la constitución científica de la Psicología, en el orden de los hechos, de los principios y del método mismo. Sobre fenómenos vacíos de toda realidad, ó sin otra que las aprensiones subjetivas, á las cuales ningún objeto corresponde, ó de las cuales ninguna objetividad, ni atributo real, ni esencia conocemos, ó ignoramos si los conocemos, por más que no sea la conciencia quien juzgue y determine con absoluta certeza la realidad correspondiente en el mundo del yo y en el mundo del no-yo á sus estados psicológicos, podrán fundarse las ficciones de la más caprichosa imaginación; pero no se tendrá nunca un sólido cimiento de verdadera ciencia: existirá una *Fenomenología* más ó menos idealista, ó más ó menos positivista, pero no la Psicología, no la ciencia de la naturaleza íntima del hombre, que apetecemos.

Por lo cual toda la atención consagrada al recto conocimiento de la conciencia, está consagrada al de los mismos fundamentos objetivos de la Psicología: porque si por sus manifestaciones en la conciencia conocemos el alma, todo lo que sea

determinar y definir con exactitud la existencia, la legitimidad, la objetividad propia de la conciencia, se convierte en garantía del exacto conocimiento del alma, y de su existencia realísima.

Pero realmente constituye la conciencia testimonio de tanto valor para afirmar la existencia del sujeto consciente, y son eficaces sus conocimientos para el de la esencia que informa aquella existencia? Es verdadera esa individualidad, esa personalidad, esa substantividad del sujeto consciente? No es todo pura ilusión de la conciencia, mantenida por los errores de la «Psicología espiritualista» acerca del origen y positiva objetividad de la conciencia misma?

La Conciencia psicológica y el Positivismo. Somos nosotros ó no somos nosotros? He aquí, sin exageración alguna insinuado, el problema que palpita en todas las hipótesis positivistas sobre la conciencia, en sus radicales negaciones psicológicas, y en todas las formas de escepticismo más ó menos crítico, con las cuales se escatima á la conciencia su valor positivo y su objeto, el conocimiento real de sus modificaciones y el de una existencia individual, personalísima.

Todos los cuidados para no anticipar conclusiones de las tesis más importantes sobre la naturaleza del alma humana, no pueden evitar el mencionarlas, ante las doctrinas con que el Positivismo ha planteado nuevamente el problema de

la conciencia psicológica. Porque no se trata de la forma y valor dialécticos de las demostraciones metafísicas de la desdeñada Psicología; ni es el caso juzgar si, desnaturalizando el alcance de los hechos psicológicos, se les concede trascendencia más ó menos probada. Lo que se discute es si la conciencia da testimonio real y cierto de un yo personal, distinto del mundo externo, y de las impresiones físico-mecánicas; ó si tal yo es ilusión metafísica tan real como la de cualquiera alucinación ó visión de Histeria y positivamente simple caso de una singular transformación de estas mismas fuerzas mecánico-físicas. Lo que pone en duda, y se niega pronto es la existencia individual de un sujeto personalísimo, con actividad propia y por él mismo dispensada, para afirmar luego que todo el «yo espiritualista» no es otra cosa que una serie de fenómenos transformados de la energía del universo, única causa que existe, y cuya cantidad constante, matemática, alteraría, perturbando todo el orden del mundo, la admisión de almas ó energías específicas.

Enlazados los estados psicológicos con fenómenos nerviosos y estos con las impresiones del mundo físico, donde creemos ver la existencia substantiva de un yo, ¿habremos de reconocer simplemente la resultante de una impresión material transformada por la compleja estructura del cerebro?

Donde afirmamos el centro y sujeto de una

causalidad y de una vida personalísimas, ¿existirá sólo un fenómeno más de las mismas fuerzas cósmicas, que nos parece nuestro, cuando sólo es movimiento reflejo de la substancia medular, de igual origen mecánico? ¿Por qué si en el mundo físico el movimiento explica los fenómenos más diversos, irreductibles á los ojos del vulgo, ese mismo movimiento no ha de explicar los tenidos por fenómenos específicos, irreductibles á los del orden material?

¿Por qué la conciencia no ha de ser un fenómeno de estos fenómenos, un movimiento transformado de la materia?

La pregunta es tan sencilla en sus términos y tan grave en sus consecuencias, que de su contestación depende en absoluto toda la naturaleza específica del alma, y del hombre, y de la misma Psicología en cuanto ciencia. Lo cual no maravillará, si tenemos presente que la conciencia psicológica, con el valioso contenido de su testimonio experimental, de su conocimiento y de sus objetos, ha formado y formará siempre la barrera insuperada, y realmente insuperable, para todo Materialismo.

La Conciencia es ante la Materia el misterio indescifrable, hasta según el juicio de sabios á cuya autoridad no deben poco de su dañoso prestigio las negaciones positivistas, como luego probaremos. Por si alguno creyese apasionados nuestros juicios, sometemos á su consideración las mismas palabras con que Liard ha formulado

el problema del Positivismo sobre la conciencia.

Escribe el docto profesor de la Facultad de Letras de Burdeos: «Por cuál razón, si la conciencia está ligada de una manera constante á los sucesos exteriores, se ha de sustraer á la ley de equivalencia y de transformación mutua que en todo parece la consecuencia inmediata de aquel enlace? Por qué motivo no ha de unir una relación matemática la presentación y anulación aparente de una cantidad determinada de movimiento, como están unidos, fuera de nosotros, movimientos sensibles, fenómenos de calor, de luz y de electricidad? Por qué la conciencia misma no ha de ser un modo de esta energía que circula en cantidad constante por el Universo, y que produce, por variadas combinaciones, todos los fenómenos?»

No es el hecho psicológico como hecho psicológico lo que da al problema tamaña gravedad; es que las mismas hipótesis alimentadas por la negación materialista, arguyen el valor objetivo que en otros momentos de la disputa no reconocieron á la conciencia; y aquí está el secreto de la solución apetecida para el problema de la conciencia, y de los términos en que ha sido moderadamente planteado.

Con valor real, ó sin él, con aplicación trascendental al mundo externo ó puro *espejismo* psicológico, es el caso que la conciencia forma el centro de todas nuestras sensaciones y de todas nuestras ideas, y de todos nuestros actos; es el

caso que todo lo que somos y todo lo que sabemos, y si somos y si sabemos, en la conciencia se refleja, y que de su conocimiento y de nuestro reconocimiento en la conciencia partimos, para sentir, para pensar y para obrar, para desenvolver en todas sus aplicaciones nuestra existencia. Habrá ilusiones en nuestras íntimas creencias; una naturaleza mentirosa palpitará en nuestras entrañas, haciéndonos creer que somos individualmente, y que obramos con energía espontánea ó voluntaria, cuando es la Materia-Fuerza cósmica, por la médula ó por el cerebro reflejada, quien obra en nosotros, y mejor en parte de ella misma; serán transformación del movimiento físico en nuestros órganos las sensaciones, y transformación mecánica de las sensaciones en las células grises nuestras ideas; prevalecerá la que, no un escolástico, sino un experimentador, un físico, un sabio, denunció como *Fisiología calculada con propósito de engañar*; y siempre nos encontraremos con que actos, ideas y sensaciones están en la conciencia: con que todos estos medios de nuestra vida de relación, todos estos modos de nuestras investigaciones cognoscitivas, todas estas formas de concebir y enunciar lo que somos y lo que sabemos, el mundo del yo y el mundo del no-yo, residen, son y las sabemos en la conciencia; que el contenido real de estos hechos es el contenido de los actos psicológicos, más la conciencia de su sujeto.

Actos psicológicos más la conciencia, y por la

conciencia, escribimos: porque el ser los actos *psicológicos*, el conocerlos en nosotros y como nuestros, es lo que esencialmente diferencia á los fenómenos psicológicos de los fenómenos físicos; lo que hace imposible reducirlos á movimiento mecánico; y lo que entre la conciencia y la materia abre abismos que ningún sofisma ha podido llenar.

La unidad de las ciencias físico-químicas habrá reducido á fórmula matemática todos los fenómenos del mundo corpóreo; masas, distancias, velocidades, extensión, peso, estructura, estado físico, estado químico, luz, calor, electricidad, todo estará ya sabiamente calculado y reducido en sus teorías á movimiento molecular, á vibraciones del éter hipotético; pero el fenómeno psicológico y la conciencia no resultarán.

Qué relación, no ya de identidad pero ni de analogía, existe entre el movimiento de la materia y la percepción de la conciencia, entre una combinación química y una sensación, entre las ondulaciones del éter y una idea?

Adoptar con Hæckel como explicación de la conciencia las generalidades del Transformismo, observaciones zoológicas de carácter novelesco, la hipótesis positivista de la selección natural, y la confusión y reducción de lo consciente á lo inconsciente, «cuando semejante distinción es ya por sí sola un acto que supone la conciencia», (1)

(1) *La Psicología celular. La Psicogenia mecánica.*

para concluir *que la conciencia es una compleja función de las células cerebrales*, es alejar algunos momentos la dificultad aumentando el error. En el mundo físico, como en el exterior de los órganos, como á través de los cordones nerviosos; en los centros medulares como en los del cerebro, el movimiento mecánico es movimiento mecánico; y en la materia, mientras sea materia, ningún *poder específico real* hallaremos que convierta en fenómeno psicológico el movimiento físico, en conciencia la ondulación ó vibración de un punto material. La conciencia, testimonio irrefutable consigo misma de la realidad, origen y naturaleza *positivamente específicos* de los hechos psicológicos, tiene en éstos la prueba experimental de su especificidad propia. Como para llegar á la explicación de la conciencia por transformación del movimiento, comienza el Positivismo por reducir á éste todos los fenómenos psicológicos, el problema aparece otra vez con los mismos argumentos al estudiar la sensación, el pensamiento y la voluntad; y como en el estudio de estas facultades hemos de examinar tal hipótesis nuevamente, del conjunto de este examen resultará bastante probado el ningún fundamento de los errores positivistas.

Estimando siempre más que nuestro juicio el de los escritores á quienes no pueda motejarse de estar influídos por el espíritu de la Metafísica, pero de singular modo en las cuestiones presentes, añadiremos para terminar las relativas á la